

creían estos estudios peligrosos á la moral y á la religion, merecen al autor las calificaciones mas duras, segun lo daba de sí la época, como *asnos bípedos, topos, bestias indolentes* y otras de este género. Los autores clásicos latinos que en su concepto no convienen para lectura en las escuelas son: Juvenal, Marcial, Persio, Ovidio y los elegíacos. Como autor cómico prefiere á Plauto.

La enseñanza del latín, dice despues, es la base, pero no el objeto de la instruccion, porque este último son las ciencias y la moral, y lo apoya diciendo: «Si alguna vez llega á ser posible una renovacion verdadera de nuestra Iglesia para volver á la antigua vida cristiana, no podrá hacerse esa renovacion sino sobre la base de una excelente educacion.» Por esto queria Wimpfeling, segun dice en la misma obra, que el maestro sirviera de ejemplo á sus discípulos, tanto en sabiduría como en conducta. Los ha de amonestar y enseñar, dice, pero no castigar, ni siquiera tocar la cabeza del alumno con la punta del dedo.

La segunda obra, *La Adolescencia*, es una coleccion de trozos de lectura en prosa y verso, sacados de autores antiguos y modernos, con alguna alusion política, como excitaciones á una guerra contra los turcos y expresiones virulentas contra los suizos por su rebeldía. En general el autor se propone en este libro educar y no instruir; insiste en la necesidad de estudiar solícitamente las disposiciones naturales de los educandos, y examina lo que el maestro debe proponerse con la educacion. Aconseja fomentar las buenas disposiciones y atacar de firme las malas, como la lubricidad, la inconstancia, la iracundia y la mentira. El fin supremo de toda educacion debe ser, en su concepto, la moralidad y la religiosidad, y para obtener estos dos fines es menester respetar la religion y á sus representantes, el pudor, la limpieza, la economía, la sobriedad en todo, en el hablar como en otros actos, etc.

Wimpfeling es el pedagogo clásico del humanismo alemán en su primer período, aunque en realidad no fué ni genio filosófico ni maestro práctico, porque jamas ocupó un puesto oficial en la enseñanza; además le faltaba el tacto psicológico necesario, pero toda su vida fué dedicada á la causa de la enseñanza y de la educacion. Los defectos de su sistema son la aplicacion de la instruccion á la vida práctica y el uso exclusivo del latín; defectos fatales, que aumentó Juan Sturm, el pedagogo alemán mas eminente del siglo xvi, y que se han trasmitido en gran parte hasta nuestros dias juntamente con otro añadido por Sturm, á saber, la tendencia á hacer servir toda la enseñanza en sus diferentes ramas para formar hablistas latinos que pudiesen rivalizar con Ciceron, en cuanto era posible en un país tan distinto de la antigua Italia como es la Alemania. Todos los esfuerzos de Sturm se dirigieron al cultivo de esta lengua muerta, que nadie era ni es capaz de resucitar, empresa, además de imposible, perjudicial á estudios mas necesarios. Este excesivo fomento del latín y de la elocuencia latina tenia tambien el defecto capital de ahogar el progreso del buen gusto, el desarrollo del sentimiento humano y la elevacion de espíritu, el ensanche del horizonte intelectual, y en fin, la poesía, mas noble y verdadera. En efecto, esta obcecacion pedantesca, inevitable en el humanismo alemán y padecida por tantos pedagogos en todas partes de Alemania, como por ejemplo, además de Sturm en Estrasburgo, Trotzendorf en Goldberg y Miguel Neander en Ilfeld, no llegó á conseguir que la Alemania fuese otro Lacio, ni superase á la Roma antigua, ni siquiera se igualara con ella respecto del manejo del latín, á pesar de las exageraciones de Frischlin, el cual en una comedia latina (*Julius redivivus*) hace preguntar á Ciceron resucitado qué juicio le merecian los poetas modernos, y el

interpelado contesta: «¿Qué me parece? Estoy dispuesto á jurar que todas las montañas de Alemania son Parnasos y Heliconas, y todas las fuentes Hipocrenes, sin contar lo que refieren las fábulas de Aretusa, y que el rio Permeso pasa debajo del suelo alemán y desemboca en el Rhin.»

No faltaron varones sagaces que conocieron que con esta enseñanza la ilustracion seria siempre parcial y grande el peligro que corria el genio nacional de Alemania, pero nadie hizo caso de ellos. Por lo demás, la culpa principal toca á Sturm y sus imitadores, pues que su actividad dista medio siglo de la de Wimpfeling, que con los suyos podia obstinarse en el entusiasmo por una cosa entonces tan nueva y deslumbradora como el renacimiento de la antigua literatura latina, cuando Sturm desde su niñez habia tenido ocasion de observar el desarrollo del idioma nacional alemán. Ni fué la culpa de las humanidades sino de sus apóstoles, limitados y fanáticos, el que echara raíces y se sobrepusiera á todos los demás ramos de enseñanza la del latín, exclusivismo que tanto ha perjudicado al desarrollo nacional, y cuya continuacion y consecuencias aquejan todavía hoy á la nacion alemana.

CAPITULO V

LAS UNIVERSIDADES

En épocas de grandes conmociones sociales, en las cuales se muestra la juventud escolar fiel á su mision, guardadora de los bienes intelectuales, suele oírse que las universidades alemanas siempre han estado á la cabeza del movimiento intelectual; mas no es así, la historia proclama todo lo contrario, y para convencerse de ello, basta una mirada á la historia de la civilizacion en el siglo pasado, en el cual las universidades se mantuvieron poco menos que completamente indiferentes en frente de la singular excitacion de los ánimos. Si damos una ojeada á tiempos mas lejanos, como al siglo xvii, se observa que opusieron una resistencia por demás tenaz á las vivísimas instancias de muchos inteligentes para introducir en las aulas el uso de la lengua alemana y continuaron resistiendo las tendencias impetuosas de los amigos del progreso y de la ilustracion, y defendiendo muchas instituciones é ideas caducas. En la época del humanismo sucedió una cosa análoga: en lugar de irradiar el progreso intelectual de las universidades, fué implantado en ellas por personas no académicas y por la juventud inclinada á lo nuevo y adversaria de lo viejo, y donde los viejos se adaptaron á las ideas y costumbres nuevas, fué muy paulatinamente y despues de la resistencia mas obstinada.

Las universidades, fundadas en la Edad media, eran, sin excepcion, creaciones eclesiásticas, y las fundadas en el segundo período, es decir, el del humanismo, lo fueron tambien en su mayor parte. Al primer período pertenecen la universidad de Praga, fundada en 1348; la de Viena, en 1365; la de Heidelberg, en 1385; la de Colonia, en 1388; la de Erfurt, en 1392; la de Leipzig y la de Rostock, en 1409. Las del segundo período son la de Greifswald, en 1456; las de Friburgo y Basilea, en 1460; la de Ingolstadt, en 1472; las de Maguncia y Tubinga, en 1476; la de Wittemberg, en 1502, y la de Francfort del Oder, en 1506, pudiendo agregarse á este grupo la de Marburg, fundada en 1527, año que entra ya en el período de la reforma religiosa. Fueron todas fundaciones eclesiásticas, porque se dotaron con bienes de la Iglesia, porque eclesiásticos fueron sus promovedores y porque fueron aprobadas cada una por su correspondiente breve pontificio, aprobacion que, léjos de ser una pura formalidad, costó por lo general varios viajes á Roma y sumas nada despreciables para conseguirla. Maximiliano I fué el primer emperador que



Una cátedra universitaria en el siglo xv (copia de una estampa de la época)

prescindió de la aprobacion del papa y dió la suya á una universidad fundada en su reinado; y no contento con esto, encargó á todos los príncipes electores que fundaran en sus respectivos territorios siquiera una universidad. Tambien fué el primero que adoptó el título de emperador sin ser coronado por el papa, y desde entonces data tambien la independencia material é intelectual de las universidades alemanas respecto de Roma.

No es fácil fijar el número de estudiantes, á pesar de haberse conservado en su mayor parte los libros de matrícula y de haber sido estos escritos con gran minuciosidad, porque en aquellos tiempos se inscribian en ellos cuantas personas intervenian en las universidades, y por tanto tambien los profesores y hasta los artesanos que trabajaban en los edificios; de suerte que resultan números asombrosos, que muchos han creído ser de estudiantes y han probado con ellos, erróneamente, una asistencia, y de consiguiente una pasión por los estudios, extraordinarias. Reducidos los números á su proporcion probable, ha calculado Paulsen para la universidad de Basilea, en sus primeros veinte años de existencia, una concurrencia anual media de 280 estudiantes; para la de Tubinga, 233, y para la de Erfurt, en su mayor gloria, es decir, desde 1450 hasta 1479, un promedio anual de 852 estudiantes, número ya muy grande para aquel tiempo.

La edad de los estudiantes á su ingreso variaba dentro de límites muy extensos. No eran raros los casos, como el de Melancton y Reuchlin, que entraron en la universidad el primero á la edad de 12 y el segundo á la de 15 años, mientras otros lo hicieron á una edad ya mas que regular, siendo muchos casados y padres de familia; de suerte que ocurrieron casos de condonar ó rebajar castigos disciplinarios severos á algunos estudiantes por consideracion á su esposa ó á ruegos de sus hijos; y uno pasó cuatro semanas en el calabozo de la universidad por haber dado de golpes á su mujer.

La edad juvenil de la mayoría de los estudiantes se explica por la circunstancia de que en las universidades, la facultad de artes (lógica, ética, filosofía), que era la mas frecuentada, correspondia á lo que es hoy la segunda enseñanza, no siendo de consiguiente mas que la preparacion filológica y filosófica para otros estudios superiores. Por esto sucedia que muchos, lo mismo pobres que acomodados, salian de la universidad antes de obtener grados, los primeros generalmente con la esperanza de continuar los estudios despues de haber allegado nuevos recursos, y los últimos para entrar en la vida práctica, como sucede hoy, solo que la segunda enseñanza se halla separada de la superior. Los que seguian adelante alcanzaban en tres años, poco mas ó menos, el bachillerato, y en tres años y medio mas, el grado de *magister*, ó maestro en artes. Muchos quedaban despues en calidad de maestros en la misma universidad donde habian cursado. Despues de la facultad de artes, venian las demás, que por ser mas elevadas eran mucho menos concurridas, siendo la de medicina y la teología las que tenian menor número de alumnos. Entonces solo las ciudades mas populosas querian y podian pagar un médico científico, y en cuanto á los teólogos, no solian estudiar en las universidades, no obstante que la Iglesia protegía y recomendaba los estudios universitarios, y á lo mas se contentaban con un curso de derecho canónico ó con los estudios preparatorios en la facultad de artes. La facultad mas frecuentada era la de jurisprudencia, porque con la introduccion del derecho romano, la creacion de un tribunal imperial supremo y la de tribunales provinciales se habia aumentado súbitamente en una escala no esperada la demanda de jueces letrados.

Así como la enseñanza estaba dividida en facultades, los

estudiantes se dividian en naciones, á imitacion de las universidades mas antiguas extranjeras (1); solo que en las alemanas, concurridas casi exclusivamente por estudiantes del país, la division se reducía á las diferentes provincias, que naturalmente no gozaban de fuero alguno, como el de la eleccion de su autoridad especial y otros que disfrutaban los grupos de nacionalidades en la universidad de Paris y otras antiguas extranjeras.

Los estudiantes solian vivir juntos con los profesores, que generalmente eran antiguos alumnos del establecimiento, del cual no salian sino cuando conseguian algun cargo ó beneficio eclesiástico. Por esta razon vivian, casi sin excepcion, hasta mediados del siglo xv, en el celibato, que en la mayor parte de las universidades hasta era de rigor para el cuerpo docente; *uxorem duxit versus in dementia*, dice un libro de matrícula de la universidad de Viena hablando de un profesor que se casó. Cuando el elemento laico empezó á invadir los claustros, hubo excepciones, hasta que la reforma religiosa abolió la obligacion del celibato. Los profesores habitaban cada uno con una docena aproximadamente de estudiantes acomodados, que pagaban pension, á los cuales solia agregar el profesor varios estudiantes indigentes, ó becas, en casas pertenecientes á la universidad ó que eran fundaciones pias. El catedrático ó maestro hacia de amo ó rector (*regens*); cuidaba de la manutencion, de la provision de vestidos, libros y demás para sus escolares, y estos formaban su escolta, séquito y servidumbre. La vida era en extremo frugal y todo regalo estaba prohibido (2). Las horas que la pequeña agrupacion pasaba en casa, se dedicaban al estudio y á ejercicios devotos.

Este género de vida duró tanto como el humanismo; pero al fin los jóvenes lo encontraron insoportable, tanto por su miseria y mezquindad como por la esclavitud y reclusion que les imponía. Para vengarse ridiculizaban á los profesores, y finalmente hicieron propaganda en contra, ganaron la opinion y consiguieron las reformas.

Los humanistas no limitaron estas reformas á los accidentes y defectos materiales, sino que las extendieron á las mismas facultades, estableciendo para ellas un orden nuevo de importancia sobre la base de la facultad de artes, que en lugar de preparatoria fué elevada á centro y foco de las demás, por supuesto considerando á dicha facultad á su manera, es decir, teniendo por base el cultivo del latin, el estudio de la literatura clásica latina, y por extension el del griego y hebreo y en general de la antigüedad latina y griega. Esta opinion ganó terreno y en poco tiempo fué la dominante, afiliándose entre sus partidarios, en primer lugar, los jóvenes, como enemigos constantes de lo viejo, y luego los moderados, que sin ser partidarios ni mucho menos de los latinistas, classicistas ú *oradores*, como llamaban á los partidarios de la elocuencia clásica latina, y aun siendo muchos de ellos enemigos declarados de los *poetas*, es decir, de los humanistas, que concentraban todo su saber en el estudio é imitacion de los poetas clásicos latinos, deseaban una enseñanza amplificada y profunda de las humanidades. Entre estos figuraba en primer término Jacobo Wimpheling, que en 1499 pronunció en la universidad de Heidelberg un discurso recomendando la concordia entre los dialécticos y los retóricos,

(1) Principalmente la de Paris, cuyos estudiantes se dividian en galicanos, que comprendian tambien á los italianos, españoles, griegos y levantinos; picardos, normandos é ingleses, cuyo grupo comprendia todas las naciones germánicas y del Norte. (N. del T.)

(2) Segun el principio proclamado por un profesor de Friburgo en 1496 para su *casa de la sabiduria (domus sapientie)*: «Atendido que la sabiduria no vive en las casas donde se hace buena vida, no deben entrar en nuestra casa de sabiduria manjares delicados ni golosinas, que no son mas que sirenas malignas.»

es decir, entre los partidarios de los estudios heredados de la Edad media y los del estudio de la literatura clásica latina. A este fin hizo ver la necesidad de enseñar en toda regla las humanidades en la universidad, y cabalmente ninguna necesitaba esta recomendación tanto como la de Heidelberg, porque de ella dijo Celtes en una carta, cuando la visitó, en 1484: «Aquí no hay nadie que enseñe la gramática latina ni que se dedique al estudio de los oradores (prosistas clásicos latinos). Las matemáticas son cosa completamente ignorada aquí; de la astronomía no se cuida nadie, los autores clásicos excitan solo una sonrisa y los libros de Virgilio y Cicerón inspiran miedo.»

Wimpeling en su discurso acudió a un argumento más al alcance de las personas influyentes en los asuntos de la universidad y de la ciudad de Heidelberg, que las quejas de Celtes, diciendo: «Para estudiar estas materias pasan muchos jóvenes alemanes a las universidades italianas, y ¿no sería mejor, más honorífico y más útil para nuestra patria, que aprendieran aquí lo que desean, gastando su dinero también aquí?» Finalmente, excitó el pundonor de su auditorio señalando a las universidades de Basilea, Friburgo, Tubinga, Ingolstadt y Viena, donde estas materias se enseñaban ya.

Con la introducción de las clases de humanidades abrió el camino al predominio lamentable de la filología aplicada a las lenguas antiguas sobre los estudios necesarios para las carreras positivas y prácticas, predominio que resultó fatal en todos los países que no supieron sacudirlo. Mas en la época de que hablamos no solamente no se sentía este defecto, sino que, muy al contrario, aprovechó grandemente a la medicina y la historia natural, que aumentaron su caudal de conocimientos con la lectura de los autores antiguos correspondientes.

Los innovadores tuvieron también mucho que objetar a los grados y títulos académicos concedidos en las universidades por rectores y claustros ignorantes en humanidades. Por otra parte muchos humanistas, es decir, latinistas y literatos profanos, especialmente los jóvenes que vivían a costa de sus padres o de algún protector y no conocían todavía las miserias de la vida, pensaban solo en sus poetas y en sus goces literarios y les parecían vulgares e indignos del verdadero humanista los empleos prosáicos en el consejo municipal o en la corte y administración de algún príncipe, para cuya obtención se consideraban necesarios, por efecto de una costumbre creada paulatinamente, algunos títulos académicos. Esta guerra de los hombres del Renacimiento literario a los títulos académicos se observa en todos los países donde se introdujo la corriente nueva, como ya hemos visto al hablar de Petrarca. En Inglaterra demostró Wicelief que los seglares y no graduados podían predicar el Evangelio, porque ni la Biblia ni la Iglesia se oponían a ello. Vives, que murió en los Países-Bajos en 1540, no pidió la supresión de las dignidades universitarias, pero condenó enérgicamente la prodigalidad con que se concedían «hasta a cocineros, sastres, carpinteros y aun a salteadores» si lo pagaban. En Alemania fué violenta la guerra contra los grados, despertada quizás por la crítica brutal de Eneas Silvio, que condenó rotundamente a los catedráticos alemanes. Félix Hemmerlin se burló de los que concedían y los que aceptaban títulos académicos y propuso fundar el doctorado de la necesidad; Bartolomé de Colonia dijo que tales títulos eran meras palabras y ninguna garantía de ciencia, y eso que estos dos últimos eran personas muy pacíficas. Andrés Carlstadt no quiso ser ni *magister* ni doctor y se titulaba *lego moderno*, porque no quería aceptar un título vano, que Cristo había prohibido a sus discípulos. En Erfurt dijo Muciano: «Donde reina la razón, no se necesitan doctores;» y cuando aprobaba la in-

tención de alguno de sus alumnos de graduarse, lo hacía diciendo: «Hazlo para que puedas imponer a los ignorantes con ese disfraz,» o le recomendaba que comprara el título cohechando a los profesores, porque «nada importaba el juicio que sofistas disputadores formaran de la juventud ilustrada.»

A la agitación y propaganda de Erfurt, respondieron dos obras satíricas que continuaron esta lucha contra los diplomas y la llevaron a feliz término, a saber, el *Nemo* de Hutten y las ya citadas *Cartas de los hombres oscuros*, de Reuchlin.

Hutten, mencionado ya repetidas veces y del cual se hablará con más pormenores todavía, no solicitó jamás grado ninguno académico, y si el arzobispo de Maguncia le llamó doctor en una credencial para una misión diplomática, fué probablemente para darle más importancia en la corte a donde le enviaba como embajador suyo. Habiendo regresado Hutten de Italia, a donde había ido para estudiar leyes, con gran disgusto de su noble familia, y volviendo sin el diploma de doctor, aumentó con este descuido la antipatía de los suyos, que muy descontentos con que su joven pariente hubiera estudiado, deseaban por lo menos que hubiera dado una muestra exterior de sus estudios y se avergonzaban de que no la hubiese alcanzado. Esto sin duda le decidió a componer sobre un antiguo y usado argumento su *Nemo*, o Nadie, al cual *Nadie* se atribuye todo lo bueno y todo lo malo posible y finalmente resulta no ser ni bueno ni malo. En la dedicatoria, dirigida a Croto, dice Hutten al final: «Pues bien, nosotros que no tenemos preocupaciones y poseemos un espíritu vigoroso y culto, lo haremos todo, menos adaptarnos al juicio de la plebe; queremos ser Nadie, porque nos esforzamos en ser buenos; no queremos saber nada porque sabemos bien algo; y si tú opinas como yo, despreciemos el juicio necio y riéndonos de la necesidad de la gente, quedáramonos siendo eternamente Nadie. Que otros se hagan doctores y se pavoneen con este título; que tengan siquiera el nombre, ya que no son capaces de adquirir la esencia.»

Las *Cartas de los hombres oscuros* rebosan de expresiones satíricas dirigidas contra el afán de adquirir grados, contra el sacrificio de tantos años que se gastan para obtener el doctorado y contra los viejos que se lamentan de que haya tantos jóvenes que no quieren obtener el diploma siquiera de *magister*. Ridiculiza este título en la primera carta, hablando de la comida (*prandium magistratum*) con que se celebra su obtención, y que se sazona con doctas investigaciones, como la de averiguar si debe decirse *magister nostrandus* o *magistrandus*, o si se ha de llamar a un erudito miembro de diez universidades, *membra* o *membra*, o si *magister* viene de *magis ter*, pues que un maestro ha de saber tres veces más que un discípulo, o de *magis y terreo*, porque el maestro ha de aterrorizar a sus alumnos.

Estas sátiras de los que, de haberlo querido, podían ostentar ya títulos académicos, iban apoyadas por la declaración, tan franca como atrevida e inusitada, de los muchos jóvenes que se matriculaban directamente para el estudio de las humanidades, como se lee en los libros de matrícula de aquella época (*ad studium humanitatis juravit*), cuando antes no era permitido matricularse a no ser en alguna de las facultades antiguas y admitidas.

La juventud escolar ha sido conocida en todo tiempo como aficionada a los placeres mundanos para distraerse de los estudios serios. No faltaban leyes severas contra todo abuso y exceso, pero como todas las leyes restrictivas, eran más conculcadas y eludidas que las demás. En Tubinga, como en otros puntos, estaba mandado que los estudiantes asistiesen a los sermones y a las clases y tomaran lecciones fuera de estas. Además les estaba prohibido propasarse ni

injuriar de palabra ni de hecho, armar alborotos nocturnos, abusar de la bebida ni usar ropas ni vestidos no pertenecientes a su clase. Pero nada esto se observaba; la aplicación al estudio era nula y la autoridad tuvo que aconsejar a muchos padres que sacaran a sus hijos de la universidad. Los estudiantes bebían cantidades increíbles de vino y de cerveza, y hubo casos en que cuatro individuos se bebieron de una sentada, en la taberna, más de cuarenta litros de vino. Los que podían ostentaban lujosos trajes hechos de las telas más costosas, y los estudiantes que no eran nobles, como sucedía a la mayoría, se vestían como caballeros y guerreros o bien gastaban trajes fantásticos, verdaderos disfraces. Lo mismo sucedía con la orden de no armar escándalos de noche. Los pobres vigilantes nocturnos, los bedeles, los vecinos de las ciudades universitarias y de las aldeas inmediatas, de día y de noche estaban sufriendo toda clase de vituperios, maldades e insolencias. Los atropellos llegaban a ser tan peligrosos cuando se acercaban los días de fiesta y durante las vacaciones, que costaba trabajo encontrar bedeles y serenos; entre los estudiantes y los vecinos, hasta los de las aldeas inmediatas, se libraban verdaderas batallas, y las autoridades no se cuidaban de intervenir para con su mediación facilitar convenios de paz en toda forma, habiéndose de dar por muy satisfechos los vecinos si acaso los estudiantes pagaban, por vía de indemnización, algún barril de vino.

Entre las diversiones de los estudiantes, desarrolladas desde el tiempo del humanismo y de moda durante todo el siglo XVI, figuran los autos y comedias. Uno de los primeros, el que más aceptación tuvo, fué el del *Hijo Perdido*. En este se representa un estudiante que como el hijo pródigo de la parábola bíblica, derrocha su hacienda en compañía de amigos y de parásitos, y el hambre le obliga al fin a volver a su casa, donde es recibido con alegría. En esta pieza se muestran los diferentes tipos de estudiantes: el que asiste a las clases con regularidad, el pendenciero y espadachín que no puede jugar sin acabar por disputar y herir a sus compañeros y tener conflictos con la policía, en cuyo caso tiene, invariablemente, de su parte a los mismos compañeros a quienes ha lastimado, y el estudiante que pasa todo su tiempo en la taberna, engaña a los maridos y se casa finalmente por compromiso con la hija del tabernero, muchacha de virtud poco firme, después de haber vencido la resistencia de los padres.

Una de las diversiones más salvajes de los estudiantes era la admisión o bautizo de los estudiantes nuevos, los cuales pasaban por ceremonias indignas y groseras, tan crueles como estúpidas. Estas ceremonias no podían menos de figurar también en las comedias citadas. Los noveles eran tratados por los viejos como irracionales; una canción estudiantil muy en boga en toda la Alemania y publicada en 1504 en una colección destinada al uso de los estudiantes de Cracovia, los califica en estos términos, que pueden servir de muestra de las demás canciones y de las diversiones estudiantiles: «Sus ojos (del novel) le igualan al lobo, sus cabellos al macho cabrío, sus orejas largas al asno; semejante ser no es digno de vivir en las moradas del hombre, sino en una cueva, como los jabalíes.»

No obstante estas y otras pruebas de la rudeza de la juventud escolar, tenía esta también sus rasgos buenos: la exuberancia de vida y el genio alegre, que si bien se desahogaba en bacanales ruidosas y en sus accesorios, no se manchaba con vicios torpes. Por lo demás no faltaban escolares que estudiaban mucho. En la facultad de artes, que es la que nos interesa aquí, los estudios consistían en lecciones teóricas, ejercicios de controversia científica. Estas últimas no constituían el curso ni empezaban tampoco con él, sino después

o hacía el fin, a manera de repaso para los más atrasados y como preparación para los exámenes. Las dirigían los que tenían grado de maestro y se celebraban solo una vez a la semana durante tres horas, debiendo llevar los maestros su traje universitario. Los estudiantes pagaban las lecciones del curso y los ejercicios. Las clases eran: de gramática, según el método anticuado de Alexandro Donato y el humanista entonces moderno; lógica, dialéctica y retórica, en parte según Aristóteles, valiéndose de las traducciones latinas de este autor, hechas en la Edad media, y en parte según otras malísimas, como el manual del llamado Pedro de España, es decir, una mezcla de cosas serias y tontas. Había además clases de física y astronomía, y en las de ejercicios de los maestros, por no ser obligatorias, ética, psicología, metafísica, geometría, aritmética y lectura de música. En las clases obligatorias hablaba el catedrático y los estudiantes escuchaban, y en las de ejercicios trabajaban los estudiantes y el maestro dirigía, pero todo según reglamento fijo que prescribía el número de las proposiciones, cuestiones, objeciones y la clase de contestaciones que podían darse, sin libertad de acción ni de ampliación ni para el maestro ni para sus discípulos. Solo se enseñaba y practicaba lo que había de preguntarse en los exámenes; lo contrario, por consiguiente, de lo que hoy se quiere y se permite. Para pretender el grado de bachiller era necesario haber asistido el estudiante, ya como parte activa ya como oyente, a sesenta de estas controversias, y treinta más para obtener el título de maestro.

En la Edad media ardía en las universidades alemanas la guerra entre el nominalismo y el realismo, como después ardió la lucha entre el humanismo y la escolástica. En ambas luchas había un partido defensor de lo viejo y otro que defendía un principio nuevo; solo que en la segunda guerra se hallan frente a frente dos corrientes y en la primera dos opiniones distintas dentro de una misma corriente, a saber, la de la escolástica. El realismo cree en la realidad de las cosas en general y considera los individuos como accidentes transitorios de la generalidad, mientras el nominalismo cree en la existencia de las cosas que ve, es decir, en los objetos como individuos, y considera las generalidades o agrupaciones como ideas abstractas, creaciones de nuestra fantasía. El realismo era la opinión antigua y el nominalismo la moderna, por cuya razón este fué perseguido como idea intrusa y revolucionaria hasta por las autoridades, y en el año 1473 fueron prohibidos y recogidos en París los libros nominalistas. Pero estas y otras persecuciones y estos actos de intolerancia de ambos bandos no impidieron que el nominalismo prosperara, porque su principio fundamental era el más racional, a saber: que lo general era una idea abstracta, nacida de la experiencia; que lo visible y palpable era el individuo, y que era preciso examinarle, y conocerle bien antes de pasar a comprender la generalidad y sacar consecuencias de ella. El nominalismo quedó vencedor, porque fué la opinión más científica de las dos; pero a pesar de esto no fué este partido nunca protector de las humanidades, al contrario, algunos centros nominalistas que deberían haber sido asilos seguros de los amigos del progreso, lo fueron de los oscurantistas.

Los pormenores de la enseñanza universitaria que hemos dado se refieren a la universidad de Basilea; pero en las demás universidades alemanas pasaba, con muy poca diferencia, lo mismo. En ninguna fué, sin embargo, tan viva como en esta la guerra entre nominalistas y realistas, y por esta razón trataremos aquí de ella antes que de las otras, prescindiendo del orden de antigüedad. La universidad de Basilea había admitido entre sus miembros, contra la costumbre, a muchos que eran simplemente «poetas y retóricos,» es decir,